

# LAS GRANDES PUERTAS DE FAYAD JAMIS

POR

TERESA DE JESUS FERNANDEZ

UNEAC

Entre las voces más representativas de la primera promoción de la Revolución Triunfante, la voz de Fayad Jamís (1930) se destaca por su autenticidad. Su poesía surge del diálogo con la propia vida, de la necesidad de transmutar en palabras las urgencias esenciales del ser, sin excluir la nostalgia, la soledad, las revelaciones, y hacer trascender en el poema el peso de la existencia cotidiana frente a los más antiguos anhelos del hombre. Jamís no permanece ajeno a su identidad, su historia, su transcurrir en el tiempo, consciente de sí mismo y de su entorno, consciente del yo en comunión con su realidad.

En su última excerpta, *La pedrada* (La Habana, 1981), con prólogo de Rafael Hernández, el poeta reúne aquellos poemas que considera definitivos dentro de su obra.

Por tratarse de un poeta que se ubica en la promoción inicial de su generación, es necesario establecer dos momentos fundamentales en su obra: el primero abarca desde *Brújula* (1949) hasta *Los puentes*, poemas escritos en París durante los años 1956-1957; el segundo, desde *Cuatro poemas en China* hasta la actualidad.

Al deslindar su trayectoria, *Los puentes* confirman un talento en pleno desarrollo, cuyas características primordiales se avizoraban en *Los párpados y el polvo*, sin duda el mejor y más inquietante libro de esa promoción en su momento. En los libros anteriores a *Los puentes* predomina la atmósfera intimista: las reminiscencias de la infancia y la juventud, la angustia primera del ser ante el misterio de existir. En estos textos subyace un explícito homenaje a las composiciones poéticas del Grupo Orígenes, aunque la poesía de Jamís se aparta en tono, mirada y desgarramiento al recrear los temas eternos del hombre.

En 1949, Jamís llega a La Habana; entre 1951 y 1954 escribe *Los párpados y el polvo*. El exergo que preside este libro es un verso de Rimbaud tomado de «Le Buffet»: *Quand s'ouvrirent lentement tes grandes portes noires*. Para Jamís, la frase contiene la expectativa ante el mundo cotidiano. Condiciona al lector, anticipando la atmósfera del poemario, a la espera de la confesión, el misterio, la interrogante. Cómplice, el interlocutor desea descubrir qué habita tras las grandes puertas y encontrará la clave en cada poema. Este es un libro de revelaciones —antecedente inmediato de *Los puentes*—. En Guayos quedó el joven creador de *La pedrada*. Es la ciudad, nuevo escenario vivencial y literario, donde la aprehensión de la vida es infinitamente distinta, alucinante y desgarradora. Ahora percibe la existencia con la mirada insomne, desvelada, brumosa por el polvo, los matices cenizos, el desamparo, el desarraigo. Las imágenes alcanzan la plasticidad heredada de los parnasianos y del simbolismo; en ciertos poemas, el lenguaje y los motivos descubren la asimilación de la poesía origenista, en especial Lezama Lima.

El mismo temblor que platea las aguas llena mi memoria  
y funde mi cuerpo con el viento y con el muro.  
Si el moribundo delfín conquistara su muerte,  
si el ardiente delfín escamara de pronto,  
¿por cuántos años olvidaría sus ojos más grandes y mis ojos?

*La pedrada* (1954) reúne textos en prosa poética en los cuales el autor recrea el mundo rural desde diversos puntos de vista. A pesar de que casi todos los integrantes de su generación cultivan esta modalidad, el libro de Jamís es el único escrito totalmente en esta forma.

La diversidad de sujetos líricos aparecidos en los poemas crea una galería de personajes, ambientes, animales y cosas dados a través de la ternura de la rememoración, adquiriendo una dimensión mágica amparada por la sencillez y el candor, por el reencuentro físico del poeta con su mundo de origen. La vida cotidiana, los seres que la pueblan resultan entrañables, forman parte del yo:

Los que vivimos en el barracón todos los fríos, conocemos muy bien al  
alacrán, la avispa, el cura, la piedra fina, el venao, la sangre, el chino viejo.

Saludamos a «La Pela» con la mocha en la mano; tumbamos caña, cielo,  
lágrimas. Cuando acabemos hará falta una grúa más grande. Pesará tanto el  
corazón.

Este es un libro de juventud, donde asoma la mirada observadora del poeta, como si fuese el más leal testigo de todo cuanto ocurre en un espacio

y tiempo específicos de la vida. Su presencia es omnisciente, su memoria es la historia misma, la crónica, el mito, la conciencia crítica de los habitantes del lugar, las viñetas convierten en perdurable cuanto hubiera sido testimonio único del olvido.

*Los puentes*, publicado definitivamente en 1962, fue escrito entre los años 1956-1957, durante la experiencia parisina de Jamís. Hay en este libro el aliento de los versos vallejanos. París es, sobre todo, «un sitio muy grande y lejano», y el poemario deja esa tremenda sensación en los lectores:

París comienza a despertar ya no soy un Robinsón  
 más bien un extranjero más bien un fantasma  
 más bien un hombre que no ha dormido  
 vagabundo de la ciudad el otoño y el alba

(De «Vagabundo del alba»)

*Los puentes* es un libro personalísimo y peculiar. En él, los puentes no son sólo un motivo literario; constituyen, además, el camino a través del cual los poemas conversan, confiesan, viven. Las palabras no son abstracciones que materializan el pensamiento, sino sensaciones, emociones. Puede el lector amanecer junto a Jamís tras una larga noche de insomnio, conocer exactamente el tono amarillento del día, percibir la angustia, el asombro, el extrañamiento; desandar París, sentir que experimenta en sí mismo las vivencias del poeta. Esta virtud confiere al poemario autenticidad y trascendencia. El llamado es tierno y perentorio, donde se confunden imágenes de legítima belleza y prosaísmo desesperado. Quien lee *Los puentes* recibe sus vibraciones esencialmente humanas. En uno de sus textos medulares, Jamís asume la desesperación y la esperanza de *El ahorcado del café Bonaparte*:

La mujer que guarda las llaves de la noche  
 sabía que me llamaba Levis Krizek  
 y que cojeaba un poco y que la amaba  
 sabrá que ahora no estoy solo que conmigo  
 va a desaparecer un viejo mundo  
 definitivamente borrado por el alba.  
 Así como la niebla a veces aplasta  
 las flores del cerezo  
 la muerte ha aplastado mi voz.

El poeta recrea los conflictos íntimos del hombre, la vida personal; para ello se basa en su experiencia, y esto lo hace sin ignorar las circunstancias externas: teniendo en cuenta el confluyente toma y daca ser-socie-

dad, sus versos no sólo reflejan esta interrelación, sino lo hace con una proyección de futuro, pensando en la necesidad de cambios, de habitar un mundo distinto, más propicio al hombre.

Con *Los puentes* sus versos alcanzan un nivel de referencia mayor; el contexto la universaliza, la vuelve más cosmopolita, evidencia mayor asimilación de los hallazgos expresivos de la poesía francesa, fundamentalmente Apollinaire, Rimbaud, Eluard, el lituano Milocz (Oscar V. de Lubiez) y dos de los mayores de la poesía hispanoamericana: el peruano César Vallejo y el chileno Pablo Neruda. Estas lecturas enriquecen su creación, hacen de su obra una escala de complejos matices y acentúan el lirismo de su verso.

Tras la aparición de su obra, creada después de 1959, existe un cambio en la voz del poeta, transformación igualmente apreciable en los demás integrantes de su generación. El triunfo revolucionario trae como consecuencia inmediata nuevos valores éticos y políticos, nuevas posturas del sujeto lírico ante la realidad histórico-concreta. La angustia, la crisis existencial, la expresión de un yo agónico y solitario se desvanecen ante la esperanza. La poesía se torna social por excelencia. Estos textos evidencian la plenitud del tránsito a una expresión mucho más atenta a la funcionalidad social del discurso, reafirmada en lo conversacional, donde la palabra cumple una misión aglutinadora entre los que participan en vivencias similares. Ahora su poesía es cualitativamente distinta a la de *Los párpados* y *el polvo* y *Los puentes*; muestra a un creador no circunscrito al ámbito cerrado del yo, sino que revoluciona su propio mundo y comienza a expresarlo desde una nueva visión: las reflexiones sobre su condición de artista revolucionario. En «Poema en la noche de Pekín» (1960) fusiona la experiencia personal y la crónica de manera que rebasa su individualidad.

Mis palabras rasgan el papel y el silencio.  
 Este poema comienza aquí  
 en mi sangre  
 y luego se derrama  
 como los surtidores de las estrellas  
 por las inmensas avenidas  
 que el pueblo recorre cansado y alegre.

La variación de tonos, temas y asuntos en la poesía de Jamís no desmerece su consistencia formal. No abundan en ella las imágenes trazadas en *Los puentes*, pero el cambio producido descubre al creador renovado, aprehendiendo las nuevas palabras con las cuales crea una poesía de testimonio.

El sujeto lírico se convierte en portavoz de la vivencia colectiva, y al

recurrir a la oratoria, alcanza su punto más alto en *Por esta libertad*, libro que recibe el Premio de Poesía en el Tercer Concurso Literario Hispanoamericano Casa de las Américas, en 1962. La exaltación de la patria y del cambio social («Nuestras casas»), la defensa de las conquistas de la Revolución («Por esta libertad»), la crónica de momentos que, por su índole, pasan a formar parte de la historia («Declaración poema de La Habana»), la victoria del pueblo en playa Girón, el heroísmo del trabajo cotidiano, son los temas dominantes en este volumen. A través de ellos polemiza, por una parte, con la vida anterior, y por otra, con su obra precedente, y logra afirmar, mediante la actitud expresiva asumida, la nueva realidad social en que vive. En «la vida» sostiene el siguiente diálogo:

¿Querías que el poema fuera sólo  
la sombra de la lila, el recuerdo de la fuente,  
el día puro ahogándose en mi angustia?  
.....  
Pero ahora mientras tú me escuchas  
la primavera estalla  
y mi poema no tiene lilas ni venas  
adormecidas  
sino el cercano rumor de la realidad.

El verso de Fayad Jamís rechaza todo ornamento o giro que oscurezca la idea, para acudir a uno más transparente, de diáfano fluir. En *Por esta libertad*, el discurso evoca la oratoria revolucionaria y adquiere un carácter tribunicio; predominan recursos expresivos como la reiteración, la anáfora, la epanadiplosis:

No hay alternativa sino la libertad  
No hay más camino que la libertad  
No hay otra patria que la libertad  
No habrá más poema sin la violenta música  
de la libertad  
.....  
Por esta libertad que es el imperio  
de la juventud  
Por esta libertad  
bella como la vida  
habrá que darlo todo  
si fuese necesario  
hasta la sombra  
y nunca será suficiente.

El hecho de encontrar nuevos temas para la poesía, lleva a este autor a la experimentación formal. En «La victoria de Playa Girón», última parte

del libro, utiliza la cantata como vía de expresión para testimoniar la hazaña del pueblo, proclamar la gloria de sus muertos y la grandeza de la patria rebelde. En verdad, esta actitud del poeta establece una distancia considerable entre su obra realizada antes de 1959 y la posterior; pero ello no implica, necesariamente, la superioridad de una etapa frente a la otra, sino que representa estadios diferentes en la creación y una distinta postura del yo ante su experiencia vital, lo cual reafirma a Jamís como un poeta de la cotidianeidad:

Abrí la verja de hierro,  
sentí cómo chirriaba, tropecé en algún tronco  
y miré una ventana encendida...

¿Por qué se detiene este eterno vagabundo? ¿Por qué permanece estático ante el mundo «roto y olvidado»? Ha llegado el momento en que el poeta opta por la permanencia en un espacio íntimo, tranquilo, donde se abren sus puertas interiores, incorporando el sonido a otras voces, convergentes con la individualidad de este hombre convertido en vagabundo del recuerdo.

Con este nuevo poemario —*Abrí la verja de hierro*, 1973—, Jamís regresa al tono dominante de su poesía: el lirismo y la confesión. Abre la verja, se adentra en el mundo, las ciudades, las historias personales, la meditación, el amor, y descubrimos que la verja se ha abierto también para el lector, que Jamís, una vez más, establece un diálogo con la sensibilidad, y su poesía es un testimonio de la vida, una voz necesaria que permanecerá en nosotros.